

Nunca oirás el triste acento  
De mi pena reservada,  
Que mi terrible tormento  
Pronto en la tumba desecada,  
Hallará dulce morada  
Con mi postrimer aliento.

Porque el dolor y quebranto  
Mi pobre cuna mecieron  
Y el pesar y amargo llanto  
Sobre mi frente esparcieron,  
Y el triste sello pusieron  
Del horror y del espanto.

Porque mi abatida mente,  
De negras sombras velada,  
Busca la paz vanamente  
De una ventura soñada  
Contra la fuerza irritada  
De mi destino imponente.

Porque duelo y orfandad  
Cubro de luto mi frente,  
Bien como la tempestad  
De sombras cubre el Oriente,  
Tornando en oscuridad  
La diáfana claridad  
De la luna reluciente.

Porque el premio de mi llanto  
Y el lauro de mi gloria  
Es aquí el duro quebranto  
Y allá la sombra mortuoria,  
Triste y luctuosa victoria  
A que aspiro tanto, tanto.

Y si en el final suspiro  
Consiste dulce ventura,  
Desde luego yo deliro  
Por la yerta sepultura,  
Puerto en el mar de amargura  
Do entre pesares respiro.

Que allá en el sepulcro helado  
Dormiré sueño profundo,  
Libre de todo cuidado;  
Mientras que en el ancho mundo,  
Entre penas moribundo,  
Llore el mortal desgraciado,

Y se queje de pesares  
En desatada tormenta,  
Cual en borrascosos mares  
El marino se lamenta  
Al ver la fuerza violenta  
De las olas á millares.

Tepic, octubre 10 de 1851.

LUIS ALVAREZ DEL CASTILLO.

## FLORICULTURA.

SECCION PRIMERA.

### ADVERTENCIAS GENERALES.

Antes de formar un jardín debe prepararse la tierra de manera que esté suave y rica, pulverizándola, abonándola y poniéndola en la disposición mas propia para producir bien. Un jardín debe estar protegido del frío y de los vientos fuertes por medio de cercas tupidas ó de siembras de árboles que formen una muralla compacta y cerrada, cuidándose de podarlas todos los años. Generalmente hablando un jardín debe no ser muy grande y los bancos ó eras deben no ser por ningún lado tan anchos que no pueda el jardinero alcanzarlos sin pasar por encima de ellos: la figura y el número de los bancos debe determinarse por la cantidad de la tierra y el gusto de la persona que trate de formar el jardín.

La hermosura de un jardín depende en mucha parte de la manera en que está

dispuesto, pues pueden darse á las eras mil formas diversas. Hay personas que las hacen ovaladas ó circulares; otras, cuadradas, triangulares, acorazonadas, en figura de diamante, etc., cortadas con veredas de césped y paseos de arena gruesa. Sin embargo, en el diseño de un jardín debe tomarse á la naturaleza por modelo, cuanto sea posible, no solamente en la formación y distribución de los eras, sino también en la adaptación de cada especie á su elemento, terreno y situación peculiares, tomando en consideración que los vegetales que habitan los jardines constituyendo, como constituyen, un grupo mezclado, recogido en diferentes climas y tierras de la creación vegetal, requieren, para cada una, su alimento mas esencial, para tener un crecimiento mas lozano.

El primor debe ser lo que mas ha de distinguir á un jardín, el cual debe estar situado de manera que sirva de ornamento á la casa; y donde lo permitan las circunstancias debe colocarse delante de las ventanas, expuesto al Sud ó al Sudeste. Debe llevarse por mira el que presente una variedad de colores y formas casadas de suerte que produzcan un conjunto hermoso. En un jardín corto visto desde las ventanas de una casa, este efecto se logra mejor por medio de eras ó lomos formados unos al lado de otros y paralelos con las ventanas desde donde se ven, porque en esta posición lucen mas los colores. En un paraje retirado del jardín puede disponerse un asiento rústico, por encima y al rededor del cual puede hacerse que se enreden en unas celosías, vides, madreselvas y otras plantas de adorno, con lo cual se tendrá un agradable retrete campestre.

En los jardines extensos puede levantarse una hilera de peñascos con piedras brutas y buena tierra ligera, imitando unas montañas en las cuales pueden cultivarse varias plantas nativas de las regiones.

nes montañosas, así como aquellas de las plantas indígenas que se consideren propias para el terreno: tambien pueden cultivarse allí plantas herbáceas y rastreras como el *mesembrianthemum* (yerba del rocío) la *cordyialis* trepadora, las diversas especies de *silenes* ó papamoscas, la *gypsophila*, el *lotus*, la *godetia*, etc. Interpoladas estas con plantas enanas de diferentes especies, como el liquen de los montes, la violeta, la margarita ó maya, etc., y dispuestas de manera que cubran una gran porción de la superficie pedregosa, producen un efecto sumamente agradable.

Si bien es verdad que lo que hace mas vistoso al jardín es el cultivo, en una era ó borde, de aquella variedad que puede asegurar una lozanía casi constante, sin embargo, las plantas de raíces bulbosas, aunque esenciales para la perfección de un jardín, pierden algo de su peculiar hermosura cuando se cultivan solas. La crecida variedad de raíces bulbosas ministra los medios de formar con ellas un jardín cuya hermosura, como que es el efecto de un conjunto de flores de muchas formas y muchos colores diversos, compensará ampliamente el trabajo de cultivarlas por separado, particularmente cuando teniendo buena elección y cuidado se puede conseguir una sucesión de plantas en flor que durarán bastante tiempo.

Pero como las flores bulbosas pierden sus mejores matices al tiempo que las anuales comienzan á ostentar su hermosura, no hay razón fundada para que estas no se trasplanten á las eras de las bulbosas á efecto de que las flores de las anuales llenen el lugar de las que se han marchitado y sigan embelleciendo las eras con todo el esplendor y toda la lozanía de reino floral.

El cultivo de las plantas anuales es una ocupación deliciosa y muy apropiada al

entretenimiento de una señora, que con el auxilio de un hortelano que prepare la tierra puede transformar un terreno inculto en un precioso jardín, con sus propias manos. El sembrar la semilla, trasplantar, rociar y disponer las plantas para que se enreden y el recoger la semilla son ocupaciones acomodadas á las mujeres, y como que les proporcionan el ejercicio al aire libre, contribuyen eficazmente á la salud y á la tranquilidad del ánimo.

Pero en vano se dedicará el florista á elegir bien las flores si no cuida con el mayor esmero del estado del jardín. Si en él hay prados ó calles de césped es preciso limpiarlos, segarlos, revolver la tierra con mucha frecuencia, para impedir que la yerba se mezcle con las flores y para

dar á todo una vista de alfombra. Si hubiere calles de arena gruesa, deben limpiarse con frecuencia, aplanarse con nueva arena y amacizarse. Las orillas de boj y de cualquiera otro árbol deben conservarse limpias de mala yerba, podándose bien todas las primaveras. Las plantas viejas ó enfermizas deben arrancarse, poniéndose en su lugar otras lozanas. Las plantas corpulentas deben ser sostenidas con unas estacas hechas con primor, debiéndose también recoger todos los tallos y todas las hojas marchitas de las flores que se hayan secado. En el verano importa destruir oportunamente todo género de insecto, y en las tardes de los días calurosos es preciso regar con frecuencia las flores.

### LOS REIDORES.

Un reidor de profesion, un hombre cuya fisonomía está de continuo contrainda por un júbilo convulsivo es la criatura mas triste que darse pueda.

Recataos del tal hombre. Apenas os habrá visto, no bien le habreis dado los buenos días, cuando ya os mirará como á su mas íntimo amigo: bastará con que una sola vez os haya hablado para que os apriete la mano con impertinente confianza; al segundo encuentro os tuteará y al tercero os ahogará entre sus brazos. Entonces ya no hay medio de echarle á un lado, de huirle el cuerpo: su alegría os acosará, os hostigará en la calle, en vuestra misma casa; le oireis reir á distancia de un cuarto de legua, sus carcajadas serán tan ruidosas como un cornetazo...

Ortucosa es la alegría blanda y apacible, cuya expresion se reduce á una sonrisa amable, muy diversa de los ímpetus de una alegría que rompe en gritos y en desordenados movimientos.

El hombre fino y de trato, siempre fiel

á las reglas del buen gusto, no rie jamás sino con motivo de alguna aventura chistosa, de alguna palabra salada ó de una sandez risible, y aun nunca rie desafortadamente, porque faltaría á la buena crianza.

Las gentes que de todo rien se parecen á los tiritinos, que eran los mayores reidores de los tiempos antiguos.

“Estos, dice el abate Barthelemy en el Viaje de Anacáris, cansados de su propia ligereza, recurrieron al oráculo de Delfos, el cual les aseguró que se verian libres de ella como pudiesen, después de sacrificiar un toro á Neptuno, arrojarle á la mar sin reirse. Reunieronse en la playa: habian apartado de sí á los niños, y queriendo despedir á uno que se habia escabullido entre ellos:

—¡Por ventura teneis miedo, exclamó él, de que me trague yo el toro?

A estas palabras prorumpieron en carcajadas, y persuadidos ya de que era incurable su enfermedad, se sometieron á su destino.”

## DOÑA LUISA.

POR LA SEÑORITA DOÑA MARÍA DE LA SALUD GARCÍA.

(Escrito para la Semana.)

HACIA el año de 18... vivia en un barrio apartado de la ciudad de... situada al N. O. E. de la capital de Guanajuato, una familia pobre, compuesta solo de tres personas. Una preciosa jóven de cosa de veintiseis años, un niño de diez, sobrino de la jóven, y una mujer de treinta y ocho, que era la única criada de esta pequeña familia.

La jóven, que se llamaba doña Luisa, era alta, delgada, un tanto morena, de pelo negro, de una fisonomía interesante, y cuya angelical semblante estaba constantemente velado de un ligero tinte de tristeza que la hacia aun mas atractiva, mas interesante de lo que parecía á primera vista. El niño, por el contrario, era rubio, travieso, de lindo semblante, ojos negros vivísimos, y centellando ingenio. Era una figura de ángel, á quien amaban cuantos le conocian. Susana era una buena mujer, de excelente corazón, una de esas criadas asiduas en su trabajo, serviciales, que aman á sus amos por costumbre, y porque no teniendo otros afectos se encuentran solas en el mundo, sin mas bienes que el trabajo personal, y sin otros objetos que llenen su corazón mas que sus propios amos. Esta apreciable mujer era una exópsita de la casa de los padres de doña Luisa, que al venir al mundo causó la muerte de su madre, y Susana la recibió en sus brazos y la crió sin separarse de ella jamás, por lo que amaba á la jóven con entrañable cariño, así como al apreciable niño Carlos, á quien tambien habia visto nacer.

Diez años hacia que esta desdichada

familia se hallaba establecida en aquel lugar, subsistiendo de su miserable trabajo, pasando en un estado de pobreza casi cercano á la miseria. No tenia doña Luisa otros posibles mas que sus arbitrios de mujer; es decir el escaso fruto que le procuraban sus primorosas manos, fabricando algunas flores artificiales con bastante habilidad, así como una que otra costura que le traia la buena de Susana cuando salia á vender las flores; producto que hasta entonces habia satisfecho sus necesidades. En esta época fué cuando la interesante jóven se vió en los mayores apuros. Entonces fué cuando la infeliz sintió en el alma su aislamiento y miseria, y se arrepintió de no haber cultivado algunas relaciones que la hubieran valido de algo en las circunstancias en que se encontraba. Acababa Carlos de salir de la escuela, y sabia leer, escribir y contar regularmente; pero era preciso procurar su educacion futura. Grande era pues la pesadumbre que afectaba á la interesante jóven, al considerar su situación precaria. No se le ocurría que Carlos poseia grande ingenio, y que necesitaba recibir una educacion que ella no podia darle, así por sus escasos posibles como porque carecia hasta de los medios de conseguir su objeto. Ella vivia sola, aislada, no conocia á nadie, á nadie habia tratado en el tiempo que habia estado en ese lugar, ni tenia una sola persona que la conociera anteriormente. A veces pensaba en contraer un enlace, y á fe que no le faltaba con quien. ¡Era tan linda, tan recatada, tan virtuosa la pobre

jóven! Pero un secreto funesto pesaba sobre su corazón. Sí, un secreto fatal que había hecho la desgracia de toda su vida: un secreto de que solo Susana era sabedora, y la que en épocas mas lejanas le había prestado grandes servicios, por lo que ambas se amaban con una cordialidad verdaderamente envidiable.

En tal estado se hallaban las cosas en la humilde y solitaria casita que habitaba esta interesante familia, que ciertamente era digna de mejor suerte, cuando llegó la semana mayor del año de. . . El maestro de Carlos le había oído cantar alguna vez en los juegos que tenia con sus condiscípulos, y le había agradado tanto la dulce y armoniosa voz de este precioso niño, que se presentó en la morada de su joven tia, y le suplicó tuviera la bondad de prestar á su sobrino para que cantase vestido de angelito en compañía de otros niños, como se acostumbra en algunas partes, en la procesion del Santo Entierro del viernes santo, á lo que accedió gustosa, pues se le proporcionaba la ocasion de que Carlos luciera una habilidad que ella casi ignoraba tuviera su sobrino, y que la envanecía un poco. Llegado el día de la solemnidad fueron ejecutados los fúnebres cánticos que se habian ensayado por Carlos y los otros niños, con el mejor éxito que podia esperarse, llamando la atencion de la mayor parte de las personas que asistieron á la procesion; pero mas principalmente Carlos, que hizo una profunda impresion en el ánimo del párroco, anciano respetable por sus eminentes virtudes y otras cualidades que le adornaban, y no cesaba de ver y admirar la interesante figura de un verdadero ángel del precioso niño, y como su primorosa voz, que se distinguia de las otras por su extremado acierto en la ejecucion. Concluida que fué á solemnidad se presentó Susana en la sacristía para acompañar á Carlos á ca-

sa; mas luego que el párroco la vió le hizo señas de que se acercara, y lo hizo algunas preguntas en voz baja, á las que contestó al parecer á satisfaccion, pues inmediatamente la despidió, y tomando al niño por la mano desapareció.

A otro día, es decir el sábado de gloria, á las nueve de la mañana, llamaron á la puerta de la casa de doña Luisa. Corrió Carlos á abrir lleno de curiosidad; pues era un acontecimiento bien extraordinario en su solitaria morada: apenas abrió cuando quedó agradablemente sorprendido á la vista de la persona que se presentó á sus ojos. Introdújola en la casa, y gritaba con una voz llena de alborozo:

—Tia, querida tia, aquí te busca el señor cura!

La jóven á quien se dirigian estas palabras no quedó menos sorprendida que su sobrino, y toda asustada, trémula de rubor y respirando apenas, salió de la pieza en donde estaba, no acertando á nada: apenas tartamudeó un saludo, indicando al mismo tiempo con una seña al eclesiástica que pasara adelante. Este respetable sugeto obedeció, y entrando el primero, le siguió la jóven en silencio. Aun no volvía la pobre de su aturdimiento. La pieza á donde se introdujeron, era una especie de salita amueblada pobremente, pero en la que reinaba un gusto exquisito, y un extremado aseó. Como esta jóven no tenia mas criada que Susana, ella personalmente se encargaba de la limpieza de su habitacion, y se distraía en asear y poner en órden los pocos muebles que poseia, por lo que siendo distribuidos por tan preciosas manos, guardaban siempre una agradable regularidad y limpieza. Pasando el primer instante de cortedad y sorpresa y tomando ambas personas asiento, entablaron el diálogo siguiente:

—Señorita, usted sin duda extrañará mi intempestiva visita.

—En efecto, señor. . . tartamudeé la jóven.

—Pues el objeto de ella no es otro mas que ofrecer á usted mis servicios con respecto á su sobrino, y en esta oferta no hay otro móvil sino la viva simpatía que siento por ese apreciable niño, á quien amo desde que lo conocí en la escuela, y á quien desde entonces me propuse servir en lo que yo pudiera.

—Señor, yo lo agradezco mucho; pero. . . yo. . . no. . . no he solicitado. . . contestó la jóven llena de vergüenza.

—Entiendo, señorita, repuso el sacerdote, usted vive enteramente aislada, sin relaciones, sin apoyo, mas que el de Dios que á nadie falta, sin mas arbitrio que el miserable producto de sus manos, y estos son tan escasos que apenas le bastarán á cubrir sus mas precisos gastos, y no proporcionan á usted los medios de dar á ese niño una educacion cual la merece; pues sepa usted que Carlos posee un gran talento, y yo puedo facilitar los medios de cultivarlo: vengo á ofrecer á usted mis servicios, y espero que los aceptará, sin hacer aprecio de ese sentimiento de delicadeza y reserva que noto en su semblante, el cual en otras circunstancias puede ser conveniente; pero ahora es inoportuno porque perjudica sobremanera al pobre de Carlos.

—Ah, señor! Perdóneme usted. . . barbotó Luisa.

—Estoy informado por Susana su criada, de que una desgracia de familia forzó á usted á expatriarse y establecerse en este lugar, hace poco mas de diez años. Yo, como párroco de la ciudad, debo velar por mis feligreses, y lo hago en lo que puedo: he observado la intachable conducta de usted y me ha interesado su situacion precaria; y esa melancolía que he notado en su gracioso semblante me indica que usted sufre una pena profunda y que es

digna de compasion. No crea usted, señorita, por eso, que le pido me confiese sus desgracias; no, señorita, guárdelas usted, que á mí nada me importa saberlas. No he preguntado á Susana mas que lo preciso para mi objeto. Cuando me informo de alguna cosa, es con el fin de socorrer al menesteroso, y ser útil á todo aquel que me necesite. He creído que aquí podría hacer el bien y me he determinado á venir á ofrecer á usted mis servicios.

—¡Ah, señor. . . señor! ¡Cómo podrá manifestar á usted mi sincera gratitud! tartamudeó la jóven.

—Dejando que yo me encargue de la educacion de su sobrino, repuso el eclesiástico, para lo que no tiene usted mas que prestar su consentimiento.

—Si solo eso es necesario, lo tiene usted, señor, y el cielo le recompensará la caridad que. . .

—Nada de agradecimientos, señorita, interrumpió brevemente el párroco levantándose del asiento; lo que hago es muy natural y no merece que se encarezca tanto. Dentro de poco mandaré por el niño, pues mi intencion es ponerlo en el colegio de. . . recomendádoselo mucho al rector que es mi condiscípulo, y nos amamos como hermanos, por lo que espero sea bien atendido en todo, así como que estará contento en el nuevo género de vida que va á seguir.

—Muy bien me parece, señor. Yo siento en el alma tener que separarme de este amado niño, y crea usted que á no ser por mi situacion miserable y por el inmenso bien que le resultará recibiendo una buena educacion para su suerte futura, no consentiría jamás en separarlo de mi lado. Hago este sacrificio, añadió con voz enternecida, que es bien caro á mi corazón. . .

Y no pudo proseguir: se le hacia un nudo en la garganta y sus bellos ojos se llenaron de lágrimas.

—Cálmese usted, niña, repuso el eclesiástico, no se aflija usted por eso. Si en algo le soy útil, no hay mas que avisarme, estoy pronto á servir á usted en lo que pueda con tal que siga manejándose como hasta el dia. Su honrada conducta me inclina á amarla como á una hija. Por mi parte nada hay que temer. Mi edad, mi carácter sagrado y mi modo de proceder, son garantías mas que suficientes de la pureza de mis intenciones, y de la buena fe con que siempre he obrado.

En esto habian llegado al umbral de la puerta, y saludando este excelente anciano, se retiró.

Luisa se quedó como embobada: encaminándose maquinalemente á su habitacion y dejándose caer sobre el asiento, llamó á Susana, la que estaba en pie detrás de la jóven, mirándola con la boca abierta y sin pestañear.

Recobrada ya Luisa de su aturdimiento, volvió vivamente su hermoso rostro y mirando á su criada le dice:

—Susana, ¿qué ha sucedido?

—Nada extraordinario, querida niña.

Ayer me habló el señor cura con respecto á usted y á ese angelito que tanto amamos, y en pocas palabras le informé de nuestra situacion: como el respetable señor es tan bueno, se ha compadecido de la suerte de usted, y sin duda el cielo le ha inspirado el pensamiento de favorecerla, así como á su sobrino.

—¿Y no has dicho otra cosa, Susana?

—¡Yo! ¡Qué! ¡Ha pensado usted, señorital...

Y la anciana hizo un gesto por el que se contrajeron sus facciones. Advirtiólo la jóven y conoció que la habia ofendido con una infundada sospecha.

—¡Ah, querida Susana! ¡Madre mia! No me acuses: soy muy injusta, ya lo veo. Perdóname. Si, perdona á tu hija. ¿No me has servido de madre? ¿No me amas

como si me hubieses dado la vida? ¡No te has sacrificado toda entera á mi felicidad? ¡Y yo! Yo... ingrata criatura, du-me un instante de tu fidelidad! ¡Ah, Susana! ¡querida Susana!...

Y hecha un mar de lágrimas se arrojó la jóven al cuello de su fiel criada que enternecida, acariciaba su hermosa cabeza y procuraba consolarla con palabras interrumpidas por la emocion.

Así permanecieron algunos minutos, hasta que se calmaron ambas, y se separaron cada una á sus quehaceres.

En los dias siguientes á los sucesos que acabamos de referir, Luisa no apartaba su memoria un instante del respetable sacerdote que le habia hecho tanto bien. Ni podia ser de otro modo. En su vida de abnegacion y de sufrimiento, no habia tratado mas que á una sola persona y esta habia ocasionado la desgracia de toda su vida: por lo mismo, tenia formado tan mal concepto de los hombres en general, que no comprendia cómo existian seres benéficos que se dedicaran á hacer el bien y á dar socorros á los necesitados. ¡Era tan candorosa la pobre jóven!

Mas no apresuremos los sucesos.

A poco tiempo fué Cárlos enviado al colegio, en donde hacia tales progresos en sus estudios, que admiraba á sus catedráticos con su incesante aplicacion, por lo que le amaban en extremo, así como sus condiscípulos, que procuraban á porfia imitarle y disputarse su amistad.

Así fué creciendo y formándose de paso un carácter afable y bondadoso, y un fondo de honradez y franqueza que lo distinguió en lo sucesivo.

Pasaban los años, y en las vacaciones venia Cárlos cada vez mas contento, á habitar la solitaria casita donde habia pasado su infancia, en compañía de las dos únicas personas por quienes hubiera dado la vida.

En esta triste morada nada habia cambiado. Nada de cuanto él habia dejado el año anterior faltaba: todo estaba lo mismo que lo viera cada vez que volvía del colegio. Solo su tia, su preciosa tia, variaba mas y mas cada dia. La pobre jóven sufría verdaderamente. A veces tenia ataques bastante graves que daban mucho cuidado á Susana y la tenian alerta sobre la situacion de su preciosa ama. A fuerza de trabajar en las labores de aguja de que subsistía, se habia contraído una enfermedad de pulmon que la molestaba infinito, y la consumía lentamente. Daba lástima ver aquella interesante jóven, tan linda antes, tan llena de juventud y belleza, ahora tan extenuada, tan débil y enfermiza, que apenas se podia tener en pie. Semejante á una hermosa flor separada de su tallo, decia insensiblemente; y al contemplar la destruccion de su bella máquina, se sonreía tristemente, animándose su melancólico semblante con una resignacion angelical, que la hacia mas interesante.

Una sola esperanza la sostenia sobre la tierra: las consoladoras promesas del Divino Salvador. La idea de un eterno premio, concedido en la otra vida á la virtud y al sufrimiento, la llenaba de un dulce consuelo, y se resignaba á sobrellevar con inimitable paciencia los padecimientos consiguientes á su estado de penas y martirios.

Así pasaron algunos años, y las intermitencias por que pasaba la interesante Luisa menoscabaron su angelical belleza, en términos de estar casi desconocida.

Cárlos que era ya un elegante jóven, estaba al concluir sus estudios, cuando acaeció la muerte de su virtuoso y benéfico bienhechor, y poco faltó para que le hiciera perder el juicio tan irremediable pérdida. Sin embargo, redobló sus esfuerzos y después de algun tiempo terminó

su carrera literaria y se recibió de abogado. Su grande ingenio, su mucha honradez y su carácter franco y generoso, le granjearon en poco tiempo la confianza pública. Su bufete se acreditó sobremediana, y en adelante le proporcionó suficientes medios de subsistencia, á la vez que una fama de probidad no escasa. El aspecto de miseria que presentaba su antigua morada ya no existia. Una decente medianía reemplazó su anterior pobreza, y la enferma Luisa, que ya no era jóven ni bella, descansó de sus trabajos. Cárlos que la amaba como á una madre, la rodeó de comodidades y procuraba recompensar, á fuerza de cuidados y de cariño, los sacrificios que la pobre habia hecho en su obsequio desde que vino al mundo el agraciado jóven.

Veintiocho años tenia ya el inteligente abogado Cárlos, cuando una mañana recibió una esquelta de parte de un sugeto bastante rico que estaba recién establecido en la ciudad, y á quien Cárlos apenas conocia. Inmediatamente pasó á su tocador, se vistió de prisa, y concluida que fué esta operacion, se dirigió á la casa de don Fernando A., autor de la carta conssabida. Este que le esperaba en su gabinete, era un hombre de cincuenta años, alto, en extremo flaco, de color pálido, de pelo cano, y de un rostro en el que estaban pintadas la astucia y maldad mas refinadas. Sus pequeños ojos redondos y verdes como los de los gatos, se fijaban de manera en las personas que tenia delante, que parecia querian penetrar hasta su corazón. En una palabra, era un astuto pillo, enriquecido á fuerza de fraudes, y cuya juventud habia sido viciosa y libertina hasta el extremo.

Apenas se presentó nuestro jóven algado, cuando don Fernando que le esperaba como se ha dicho, le alargó su flaca y huesuda mano, y le saludó con una fin-

gida afabilidad, que sabía dar á su repugnante luz, cuando quería aparecer amable.

Sentados ya los dos personajes, tuvieron una larga conferencia acerca de los asuntos de don Fernando, el que encargó á Cárlos de varios negocios embrollados, que él no podía ó no quería arreglar. Al despedirse don Cárlos salió el dueño de la casa acompañándole hasta el zaguan, en cuyo tiempo le hizo mil ofertas, á las que correspondió el jóven con otras tantas. Por este medio tuvo el abogado ocasión de frecuentar la opulenta casa de don Fernando, en la que si por una parte pasó las horas mas deliciosas de su vida, por otra vino á ser el mas desgraciado de los hombres.

Don Fernando A. era viudo y tenía una hija de diez y siete años, de una rara hermosura, amable, virtuosa y preciosa; prendas que debía á su difunta madre, de quien era un fiel retrato. Don Fernando se había descuidado de la educación de su hija, dejándola encomendada á su mujer, pues á él le faltaba tiempo para sus ocupaciones ordinarias: fuera de casa siempre, no veía á su esposa é hija sino muy raras veces, y eso para reñir con la primera, que alguna que otra vez solía reprehender con mucha dulzura y timidez los desórdenes del libertino vicio.

Las pesadumbres que don Fernando daba continuamente á su mujer, con su conducta depravada, le apresuraron la muerte, dos años antes de la época de que hablamos; y solo entonces fué cuando se redujo un poco, y concentró todos sus cuidados y afectos en su amable hija.

Hacia algunos días que el jóven abogado frecuentaba la casa de don Fernando, y ni siquiera sabía que tuviese esta una hija. Una noche de julio en que la luna llena reflectaba su hermosa claridad, estaba la preciosa jóven, hija de don Fernando, recostada sobre un elegante y có-

modo "butaqué" en el ángulo de uno de los portales interiores de la casa. A su lado, su padre, de pié y con los brazos cruzados, tenía clavados sus pequeños ojos en el rostro de la jóven, extático, contemplando tanta belleza, como si viera por la primera vez á su hija. Esta con la cabeza inclinada hácia atrás, tenía sus hermosos ojos fijos en el firmamento, sembrado de luceros plateados que brillaban tanto como los de la jóven. Esta vez entró el abogado, casi hasta el punto donde estaba parado don Fernando, y no fué sentido de éste, ni menos de su hija, que permanecía en la misma posición.

Cárlos saludó, don Fernando volvió la cabeza, y al percibir á su amigo tan cerca, le tomó la mano y le presentó á su hija.

Al oír la jóven la voz de su padre, volvió de su éxtasis, y saludó al recién llegado con alguna cortedad; no obstante ofreció asiento á Cárlos, y después de un corto silencio, siguieron conversando cosas indiferentes, hasta llegar á tocar un punto de música.

—Amigo, dijo don Fernando á Cárlos, he sabido ayer casualmente que es usted un excelente músico, y deseo que mi hija oiga tocar á usted alguna cosita.

—Señor, usted me favorece mucho sin duda, pero yo no soy, ni con mucho, un músico: aficionado, nada mas. Los ritros de descanso lo empleo en ejercitar mi voz, acompañándola con la guitarra ó piano, y me distraigo de ese modo.

—Siendo así, caballero, repuso la dulce voz de la jóven, me atrevo á suplicar á usted que si no le sirve de molestia...

—Nada, señorita, tartamudeó Cárlos, estoy á las órdenes de usted.

La jóven no esperó la repetición de esta oferta, sino que inmediatamente se paró y tomando el brazo de su padre, invitó á Cárlos á que los acompañara al saloncito que le servía de gabinete. El jóven

abogado, obediente á una seña de su preciosa convidadora, se sentó al piano; y después de algunos preludios, dió á conocer á sus admirados oyentes, que nada había de exagerado en lo que habian dicho á don Fernando acerca de su habilidad. El viejo no era músico; pero tenía mucha capacidad para conocer la buena ejecución de su amigo, y otras circunstancias que al mas inteligente en el arte, habrían precisado á confesar el grande mérito de don Cárlos.

Estaba la noche bastante adelantada cuando se retiró Cárlos, no sin haber prometido al dueño de la casa que vendría algunas veces á dar lecciones á su hija, que ciertamente estaba muy atrasada en la ciencia de la música.

Cuando Cárlos llegó á su casa era muy tarde, y se fué luego á acostar; pero no pudo, por mas que hizo, conciliar el sueño. Tendido sobre su lecho no podía apartar de su mente la seductiva imagen de la jóven que viera por la primera vez esa noche, y que en lo sucesivo iba á tratar y ver, con permiso de su padre, cuando á él le placiera. Sin embargo, un sentimiento indefinido de tristeza se había apoderado de su pecho, y le oprimía el alma con mayor fuerza cada vez que quería separar de su imaginación acalorada la angelical criatura que ya era árbitra de su suerte.

Cárlos nunca habia amado: por tanto no comprendía muy bien el sentimiento desconocido que se habia apoderado de su corazon, y ni siquiera imaginaba que fuese amor lo que sentía por la jóven que hacia algunas horas ocupaba exclusivamente su memoria y todo su ser.

La aurora le sorprendió sin haber dormido ni un instante. Su ardorosa frente le quemaba las manos cuando con ellas comprimía su agitada cabeza.

Apenas fué hora de que nuestro desve-

lado jóven se presentase en casa de don Fernando, cuando lo hizo, y no quedó poco sorprendido al ver que se le esperaba, y después de un rato comenzó su lección de música en compañía de la linda jóven discípula, al principio con alguna cortedad, luego con mas desembarazo y por último, como si siempre hubieran vivido juntos....

Nunca hubo un maestro mas puntual ni de tanta eficacia para dar sus lecciones; ni jamás hubo una discípula mas aplicada é inteligente. El tiempo volaba con rapidez para nuestros jóvenes músicos y solo cuando no estaban juntos sentian que corría lentamente, siéndoles sobremedera pesadas y fastidiosas las horas que debían estar separados.

Pasaban los dias y los meses sin contratiempo alguno para nuestros enamorados jóvenes, pues es fuerza decirlo: aunque los labios del interesante maestro no habian proferido una declaración amorosa, sus ojos, ese espejo fiel del alma en que se leen las mas íntimas afecciones, habian expresado bastante para ser entendidos de la preciosa jóven, cuyo corazon tierno é ingenuo se entregó sin reserva, y con todo el entusiasmo de un primer amor; tanto mas cuanto que don Fernando aprobaba fácilmente la inclinación que su hija manifestaba al abogado, pues que voluntariamente lo dejaba solos siempre que se ofrecía. El astuto y *calculista* viejo pensaba, y con razon, que su inocente y hermosa hija aunque tan bella y tan rica no podía encontrar un hombre que la amara como Cárlos, y que la hiciera tan feliz como debía esperarse de un sugeto dotado de tan bellas cualidades, y que poseía además un excelente corazon, unido á lo que se llama buena presencia. Cárlos pasaba entre las bellas por buen modo.

No ignoraba don Fernando nada de lo que pasaba en los corazon de ambos jó-

venes, y se proponia hacerlos felices, uniéndolos con lazos sagrados é indisolubles. Habia leido en sus miradas y hasta en sus menores acciones las muestras reciprocas del sincero afecto que el frecuente trato habia engendrado en unas almas tan tiernas y virtuosas como las de nuestros jóvenes. No obstante, disimulaba y observaba con la mayor atencion la intachable conducta de su abogado, vigiándole sin que él lo advirtiese, cuyo re-

sultado en nada variaba la resolucion que habia tomado, y era su proyecto de union fijado ya irremisiblemente; lo que si hubiera podido adivinar nuestra interesante pareja la hubiera colmado de alegría. Su felicidad hubiera sido completa: ningun pensamiento importuno hubiera turbado su tranquila seguridad cuando pensaba que solo podia separarlos el mismo que solo trataba de unirlos.

(Concluirá.)

## MEDICINA.

### LA MANZANILLA.

(*Anthemis nobilis*, lat., *camomille*, franc., *camomile*, ingl.)

Hay tres especies de plantas á las cuales se da el nombre de camomila ó manzanilla. Todas ellas se emplean en la medicina, pero la que se prefiere es la MANZANILLA ROMANA.

Esta es una planta vivaz, es decir que en todo tiempo conserva su verdor y lozania, con numerosos tallos herbáceos (de la naturaleza de la yerba), altos de unas siete pulgadas, los cuales llevan en sus extremidades unas flores de pedúnculos ó

pezoncillos (palitos de donde están prendidas las flores) uniflores (de una flor), compuestos de filorones amarillos y medios filorones blancos.

Esta planta, muy comun en Francia y en Méjico, se da en los terrenos arenosos y secos, los campos y las orillas de los caminos poco frecuentados.

Sus flores despiden un olor penetrante que halaga al olfato: su sabor es cálido y amargo.

### PROPIEDADES MEDICINALES.

La infusion simple ó viscosa de las flores de MANZANILLA es un remedio eficaz contra las calenturas intermitentes (que repiten periódicamente) de primavera.

Conviene algunas ocasiones aumentar la virtud de la infusion añadiéndole las flores en sustancia.

Reducidas á polvo, estas se dan en la misma dosis y de la misma manera que la

quinina. Pueden tambien aplicarse en lavativas.

En polvo, administrase en dosis de una á una y media dracmas.

La infusion teiforme ó el TÉ de MANZANILLA se prepara vertiendo poco menos de un cuartillo de agua hirviendo sobre una y media dracmas de flores.

(Enciclopedia económica.)

## ECONOMIA DOMESTICA.

### ASADOS.

El asar requiere propiamente mas cuidado del que comunmente se pone en ello. Las parrillas deben estar completamente calientes (lo que es obra de cinco minutos de calor) antes de que se ponga alguna cosa sobre ellas. Ya que están calientes es necesario untarles una poca de grasa fresca para impedir que la carne se pegue á las varillas: para el pescado, engrásense con greda (tiza) las varillas. Los mejores torreznos son los de la parte de adentro de las parrillas. La lumbre debe ser viva y clara y la carne debe estarse volteando cada rato con tenazas.

### ENSALADA DE LANGOSTA.

Hágase una mezcla batiendo dos huevos duros con dos cucharadas de aceite y una de mostaza seca; añádase á esto vino negro y sal, al paladar. Entresáquese con esmero la carne de una langosta; córtase menudamente y revuélvase con lechuga blanca y andibia si se quiere; por encima de la ensalada viértase la mezcla, y sírvase en un plato hondo, no en fuente. Puede hacerse uso de una gallina fiambre ó de lenguado en lugar de la langosta. Tambien se puede hacer con langostines. El aceite y el vinagro debe verterse en la mezcla poco á poco y todos los ingredientes deben mezclarse con el mayor cuidado.

### TARTA DE LIMON.

Azúcar blanca, una cuarta de libra (cuatro onzas); mantoquilla fresca, una cuarta de libra tambien; zumo de tres limones y la corteza rallada de dos; huevos, cuatro; leche, dos cucharadas; y una poca de azúcar candi en polvo.

### TABACO DE OLOR.

Para aromatizar el TABACO con rosa, azahar, jazmin ó cualquiera otro olor, tómese una caja guarnecida de papel perfectamente seco, póngase en ella una capa de TABACO del espesor de una pulgada y luego una capa de flores encima, después otra de TABACO y otra de flores y así hasta llenar la caja. Después de veinticuatro horas pásese por tamiz el TABACO para quitarle las flores, pónganse otras, continuándose así hasta que el TABACO haya tomado el grado de aromaticidad que se quisiera darle. Póngasele luego en una vasija de vidrio que se tapará con cuidado.

### PARA DAR LUSTRE Y BLANCURA AL CUTIS.

El agua destilada de fresas, de melon y de pimpinela, y la que se saca exprimiendo simplemente las fresas y las rosas dan, usándolas, blancura y lustre al cutis. Tambien produce el mismo efecto el lavarse con leche de cabra, de burra ó pollina y de mujer, el seguir un régimen refrigerante y el tomar suero clarificado. Por último, se acaba de dar al cutis el mas hermoso lustre añadiendo á estas abluciones el agua de rocío recogida por la mañana.

### REMEDIO CONTRA LA POLLILLA.

Una onza de sublimado corrosivo (soliman) disuélvase en media azumbre (dos cuartillos) de agua; en este líquido enrápense unos lienzos grandes de calidad (padiana) propios para envolver, exprímase torciéndolos, y cuando estén secos prendanse en ellos las piezas que se quieran preservar de la POLLILLA.

## MISCELANEA.

### UNA PINTURA SUBLIME.

Yo visité, dice Hans Andersen, con la baronesa Deeken, por primera vez, al afamado y primoroso pintor Retzehl que ha publicado las atrevidas delineaciones de Goethe, Shakspeare, etc. Lleva una especie de vida de arcadio, entre humildes viñas en el camino de Meisen. Todos los años hace á su mujer un regalo, el día de su cumpleaños, de un dibujo nuevo, siempre elegido entre los mejores que trabaja: la colección ha llegado á componer un "álbum" de mucho valor que ella debe publicar si muriere el primero. Entre las muchas concepciones magníficas que en el "álbum" se encuentran, una me llamó particularmente la atención, á saber la Huida á Egipto. Esa de noche; todo cuanto hay en el cuadro duerme, María, José, los arbustos y las flores, hasta el asno que carga á la Virgen, todo, en fin, menos el niño Jesús, que con sus ojos abiertos y su ingenuo semblante vela sobre todos y todo lo ilumina.

### LOS PARIENTES POBRES.

Un pariente pobre, dice un crítico, es la cosa mas disparatada del mundo, una pieza impertinente de una correspondencia, una vecindad odiosa, una conciencia hostigadora, una sombra trastrocada que opaca vuestra prosperidad, un recordador molesto, una mortificación perpetua, un desaguardero de vuestro bolsillo, el mas intolerable manchón de vuestra vanidad, un estorbo á vuestros adelantamientos, un impedimento á vuestra elevación, una mancha en vuestra sangre, un borron en vuestro escudo, un jirón en vuestro vestido, una calavera en vuestros banquetes, un Lázaró á vuestra puerta, un leon en vuestro camino, un sapo en vuestro cuarto, una

mosca en vuestro aceite, una mota en vuestro ojo, un triunfo para vuestro enemigo, una apología para vuestros amigos, la cosa que está demás, el granizo en vuestra cosecha, la onza de acibar en una libra de miel.

### ETIMOLOGÍA

#### DE LA FLOR DE LIS.

Hacia mediados del siglo XII Luis VII de Francia, habiendo sido excomulgado por el papa, y puesto en entredicho su reino, fué aconsejado á que tomara la cruz y se renniera con los cruzados. Eligió para su escudo de armas la flor del lirio cárdeno, que de aquí recibió el nombre de *Fleur de Louis* (flor de Luis), el cual nombre se cambió después en *Fleur de Luce* y últimamente en *Fleur de lis* (flor de azucena), aunque no tiene la flor del blason afinidad ninguna con la azucena.

### LOGOGRIFO.

Préstame atención, lectora,  
Y adivinarás al punto  
Lo que yo pretendo ahora  
Dar á tu mente de asunto  
Para meditar una hora.

De mis letras la primera  
Con la segunda (ó la cuarta)  
Y la postrera, componen  
Porción de cosas atadas;  
La tercera, vé mirando,  
Con segunda y quinta, de agua  
Significan un caudal  
Crecido; si bien reparas  
Encontrarás en el todo  
Una bellísima planta. LUZ.

La solución en el número siguiente.

### EXPLICACION

DE LA CHARADA DEL NÚMERO ANTERIOR:  
CA. MI. LA.

## EL GRILLO DEL HOGAR.

POR CARLOS DICKENS.

TERCER CHILLIDO.

EL cuclillo daba las diez á tiempo que el carruajero vino á sentarse junto á la chimenea.

La fisonomía de John estaba sumamente inmutada por efecto del dolor. Estaba desgarrado su corazón. ¡Su corazón, ay, su corazón estaba tan repleto de amor á Dot! ¡el estaba tan completamente avasallado! El pobre corazón suyo era tan candoroso é ingenuo, tan potente para el bien, tan débil para el mal, que desde el fatal suceso apenas quedaba en él un hueco para la imagen rota de su ídolo.

Mas poco á poco y mientras el carruajero torneaba con su imaginación al lado del hogar, frío y triste á la sazón, unos terribles pensamientos cruzaban su mente á manera de una tempestad que se desencadenaba á la mitad de la noche.

El forastero se hallaba en la casa que había mancillado. . . . . No había mas que subir tres escalones para plantarse á la puerta de su cuarto. . . . Con un puñetazo bastaba para abrir la puerta. . . .

"No se necesita mucho para despachar á una persona!" había dicho Tackleton. . . .

Pero ¿podría llamársele con razon asesino, dejando al malvado que se defendiese? ¡El forastero no era joven y fuerte! . . .

Horrendos pensamientos que impulsaban á John á cometer un crimen cuya memoria trocaría su memoria en un caso maldita cerca de la cual el viandante recelaria de pasar de parte de noche.

¡El mozo aquel era seguro el obje-

to de un primer amor! ¡Qué horrible pensamiento! . . . .

Dot, después de haber acostado al niño, entró en el cuarto donde se hallaba John.

Arrimóse á escondidas de él y puso á sus pies el taburete. John no reparó la presencia de su mujer sino cuando sintió poner una mano sobre la suya y vió los ojos de Dot vueltos hácia él.

El apacible rostro de Dot se sonreía con él y parecía preguntarle la causa de su muda afición. No tuvo valor John para echar de sí á su mujer que se estaba pegadita á él, enclavijadas las manos, con rendido mirar y sueltos los cabellos. Y sin embargo, él sentía una pena muy aguda de verla así, pues ella tenía aquella cara de inocencia que le era habitual y sus ojos manifestaban, como siempre, amor y anhelo.

Por fin, ella se levantó y se retiró sollozando. John conoció que mejor hubiera querido verla muerta que delincuente para con él, y conforme iba tomando cuerpo este pensamiento en su imaginación iba tambien tomándole unas ideas de venganza.

Habia allí una escopeta colgada de la pared.

Arrebató John la escopeta y se encaminó hácia el cuarto del forastero. Parecióle que aquella arma estaba por una fatalidad destinada á matar á aquel hombre como á un animal feroz.

Dió un paso mas en direccion á la puerta. . . . . ¡De pronto una luz viva brilló en la chimenea y soltóse el grillo á cantar!

Ninguna voz humana hubiera tenido el poder de calmar el furor de John como lo hizo al punto este solo chillido. ¡El tal chillido le traía á la memoria recuerdos tan deliciosos!

John se alejó de la puerta y soltó el arma. Luego, volviendo á sentarse donde mismo estaba antes, escondió el rostro entre las manos y derramó copioso llanto.

En esto el grillo se saltó dentro del aposento y tomó á la vista de John una forma encantada.

—“Yo lo quiero por todos los pensamientos que me ha hecho tener!” su voz inocente, dijo la hada.

—“Esas son sus propias palabras!” exclamó el carrujero. ¡Sí, así hablaba Dot!

—“Esta casita ha sido un paraíso, y por eso, por eso, John, quiero tanto al grillo!”

—“Es mucha verdad, replicó el carrujero. Con ella vino aquí la dicha, por la dicha se fué ya.

—“Dot es tan amable, tan buena, tan alegre, tan activa!” dijo la voz.

—“¡Oh! ¡cuánto la queria yo!” dijo John.

—“Cuánto “la quiero!” debes decir, repuso la voz. Por este hogar de que ella era el encanto y que sin ella será triste y estará desierto; por este hogar testigo de tantos gozos, ¡escúchame! ¡escúchame pues digo la verdad.

Y en tanto que el carrujero permanecía absorto en sus pensamientos, mil hadas, saliendo de todo cuanto había en la casa, se llegaron á saludar la imagen de Dot, que acababa de aparecerse en medio del aposento como en un espejo mágico. Con sus manecillas solícitas coronaron de flores aquella peregrina imagen como para probar que ella era siempre pura y siempre digna de su amor de ellas.

De pronto la aparición vino á tomar lugar junto á la lumbre, al lado de John. Las hadas rodearon á John y parecían decirle todas á una:

—“¡Aquí tienes á la mujer que lloras!”

Confusos ecos de voces e instrumentos retumbaron alegremente por la parte de afuera, y al punto una tropa de doncellitas, entre las cuales se hallaba May Fielding, se precipitó cantando dentro del aposento.

Dot, en medio de ellas, era la mas jóven de todas y la mas hermosa. Invitábanla á que las acompañara á bailar. Pero negóse Dot á bailar, enseñándoles su cubierto puesto y dándoles á entender que aguardaba á algúnien.

En este momento un carrujero cruzó la puerta y Dot fué y se arrojó á sus brazos.

Al mismo instante otra imagen se apareció en el espejo mágico: esta era la del forastero, cuya inmensa sombra se extendía á lo lejos y parecía como que empujaba la luna del espejo. Pero las ágiles hadas, poniéndose á la obra como un alegre enjambre de abejas, frotaron el espejo y le restituyeron su brillo todo.

La imagen de Dot volvió al punto á verse mas hermosa, mas brillante que nunca y mecido al niño en sus brazos.

Bien que de vez en cuando la imagen del forastero se representase en el espejo, no aparecía ya con aquellas gigantescas proporciones de antes. A cada aparición de esta sombra, las hadas despedían un grito general de consternacion y ponían en movimiento sus piernecillas y sus manecitas para restituir al espejo su primitiva tersura. Entonces volvía á aparecer la imagen de Dot y mil aclamaciones alegres saludaban su regreso.

Pasóse así la noche. Opacáronse las estrellas. . . rayóse alba fria. . . levantóse el sol.

El carrujero yacía en el mismo paraje y en la propia actitud.

Ya que estuvo adelantado el día, se levantó para reparar el desórden de su traje. Aquel día era el de la boda de Tackleton y desde la vispera habia quedado convenido que iría él á la iglesia con Dot. ¡Qué cambio habia ocurrido desde la vispera!

El carrujero esperaba que Tackleton iría á visitarle por la mañana. En efecto, á los diez minutos escasos de estar él paseándose delante de la puerta de su casa, vió venir á lo lejos el coche del mercader de juguetes.

Tackleton estaba magníficamente vestido, y la cabeza de su caballo estaba guardada de cintas y flores.

El caballo tenía la traza de un novio, mucho mas en verdad que el mismo Tackleton, cuyo medio apagado ojo tenía una expresion desagradable como nunca. Pero maldito el cuidado que puso el carrujero en esto, pues andaban por otra parte sus pensamientos.

—Amigo, dijo Tackleton con acento dolorido, ¿cómo lo pasa usted hoy?

—He pasado mala noche, maese Tackleton, contestó el carretero meneando la cabeza; pero estoy sereno ahora. . . ¿Tiene usted tiempo para escucharme un rato?

—Ex profeso he venido con esa intencion, respondió Tackleton bajándose del coche.

—La ceremonia es para el mediodía, ¿no es usí? preguntó Tackleton entrando en la casa del carrujero.

—Sí, dijo este: así bien podré hablar con usted.

A tiempo que entraban percibieron á la criada doli golpeando la puerta del cuarto que ocupaba el forastero.

—¡No responde el hombre! exclamó Tilly con terror; ¿se habrá muerto?

—¡Vamos á ver! dijo Tackleton. Es cosa extraña.

El carrujero le dió á entender con una seña, que era árbitro de hacer lo que le pareciese.

Acudió pues Tackleton al auxilio de Tilly, pero por mas que tocó no hubo nadie que le respondiera. Por último, ocurrióle torcer el boton de la puerta, la cual abriéndose sin la menor resistencia le franqueó el paso en el cuarto.

Un segundo después salió corriendo.

—John Peerybingle, dijo Tackleton, ¡sueño que no habrá ocurrido ninguna novedad anoche!

El carrujero se volvió precipitadamente y miró á Tackleton con asustada cara.

—Ya no está aquí, repuso Tackleton, y me tenía yo. . .

—Tranquícese usted, interrumpió el carrujero. Entró en ese cuarto sin que yo le hubiera dicho esta boca es mía, y ninguna alma viviente entró después. Se ha marchado por su gusto. Con toda mi alma menendigaría yo de puerta en puerta pan por todo lo que de vida me resta, como pudiera á este precio hacer que nunca hubiera pisado el forastero el umbral de mi casa; pero vino y se largó. Ya no tiene remedio.

Tackleton parecía no creerlo.

—Usted me puso ayer delante de los ojos á la mujer que amo, repuso el carrujero, platicando misteriosamente con el forastero. No podia usted haberme dado un golpe mas cruel, y á decir verdad no me lo esperaba yo de usted. Pero ya lo hizo usted. Ahora, ya que usted ha visto á mi mujer, la mujer á quien yo quiero, en su flaqueza y su bochorno, justo es que tambien la vea usted en su vigor y en su gloria. Con que va usted á verla con mis ojos y á conocer el fondo de mi pensamiento.

Tackleton tenía una traza empachada, pues el hombre que tenía cara á cara, con todo y su rusticidad y sencillez tenía en



este momento una gravedad que infundía respeto.

—Yo he amado á mi pequeña Dot, prosiguió el carruajero, porque la he visto crecer en la casa de su padre; porque conocía bien sus bellas prendas; y en resumidas cuentas, porque de muchos años atrás ella era mi vida. No creo yo que alguna viviente hubiera podido quererla mas. No pocas veces me he dicho que no era yo digno de ella, pero que sin embargo sabría hacerla feliz y sobre todo apreciar la mejor que nadie. Este pensamiento me alentaba y me determiné á pedir su mano. Me la dieron. Yo habia estudiado bien mi corazón. Conocía yo lo feliz que sería... ¡Lo era yo tanto!... Pero, yo ya estoy mirando ahora, no habia yo estudiado las inclinaciones y disposiciones de Dot.

—Sin remedio, dijo Tackleton. ¡Usted no habia echado de ver su frivolidad, su coquetería!

—Mejor le estaria á usted no cortarme la palabra antes de haberme comprendido, y está usted muy distante de comprenderme. Si ayer estaba yo pronto á castigar al hombre que hubiera hablado mal de ella, hoy me encuentro dispuesto á despa-churrar con el pié la cara de ese hombre, ¡asi fuera mi propio hermano!

El mercader de juguetes bajó los ojos temblando.

—¡Reparé yo siquiera, prosiguió el carruajero, reparé yo siquiera, al tomarla por mujer, á ella tan jóven y tan linda, que yo la arrebatara á sus compañeras y á los gustos de su edad, para tenerla encerrada en mi triste casa y para que pasara toda su vida en mi insulsa compañía? ¡Téne acaso en cuenta la diferencia de nuestros gustos y de nuestros genios?...

—He considerado acaso nunca si su imaginacion alegre y viva podria amoldarse á mi entendimiento lento y rústico?....

—¡Por qué me habia yo hecho un mérito de mi amor para con ella, pues que no se se le puede ver sin amarla? He sacado partido de su inexperiencia para hacerla mi mujer. ¡Cuánto me pesa hoy, no por mí, sino por ella, por la pobre criatura! ¡Dios la bendiga! prosiguió el carruajero con profundo enternecimiento... ¡Dios la bendiga por haberme tan amorosamente ocultado la verdad! ¡Pobre Dot!

—Bien debe enterneerse á usted la prueba de cariño que le acaba de dar, dijo Tackleton con tono zumbón.

—Ella ha hecho siempre cuanto ha estado de su parte, repuso el carruajero con voz enternecida y arrasada de lágrimas los ojos, ella ha hecho siempre cuanto ha estado de su parte por mostrarse amante y apegada á mí, pongo por testigos de esto los dias de felicidad que he pasado bajo este techo, y este recuerdo me traerá algun consuelo cuando me encuentre yo aquí solo.

—¡Cómo solo! dijo Tackleton... pues ¿qué piensa usted hacer?

—Lo que yo quiero hacer es reparar todos mis yerros. Quiero restituírle á ella la libertad que le he arrebatado.

—¡Reparar yerros! exclamó Tackleton haciendo un gesto espantoso y riéndose á carcajadas. ¡Habla usted con formalidad!

El carruajero asió á Tackleton del cuello y le sacudió como lo hubiera hecho con una caña.

—¡Tengo yo cara de estar chanceándome! gritó. Escúcheme usted hasta el fin. Anoche me la pasé toda entera al lado de la lumbre y me estuve pensando y reflexionando muy despacio. ¡Por mi á-nima, que Dot es inocente! La desconfianza y el temor se han ausentado de mí, y no me acompaña sino la adicción. Ya no la aborrezco por lo que ayer hizo: fué obra de su irreflexion y se lo perdono. Así, que se vaya libre, que se vuelva á la casa

de su padre de donde he tenido la crueldad de arrebatarla. Entre nosotros ya se acabó todo.

—¡Oh, no! no, John! no se acabó todo. Yo acabo de oír tus nobles palabras y ten entendido que me han penetrado de agradecimiento... Dame solamente una hora antes de fallar sobre mi suerte.

—¿No era Dot la que así se explicaba? Sí, la mismísima Dot era, que se habia tenido hasta aquel momento agachapada en un rincón y que no habia perdido ni un vocablo siquiera de la conversacion entre Tackleton y su marido.

—No me restituirás la felicidad pasada, respondió el carruajero sonriéndose con tristeza. Pero sea como tú lo quieras.

—En cuanto á mí, dijo Tackleton, no tengo tiempo de aguardar. Tengo que irme. Me están aguardando para la ceremonia. ¡A dios, John Peerybingle! siento mucho no estar presente á la explicacion que le promete á usted su mujer. ¡A dios.

—Yo me he explicado muy claramente por mi parte, ¿no es verdad? dijo el carruajero acompañando á Tackleton.

—Muy claramente.

—¿Y usted no echará en olvido lo que he dicho?

—En verdad, contestó Tackleton después de haber tenido la precaucion de subir al coche antes de responder, lo que me ha dicho usted es tan maravilloso que no lo he de olvidar, cuente usted con ello.

—Mejor para los dos, respondió el carruajero. ¡A dios!

John Peerybingle, después de haber acompañado un rato con la vista al carruajo que se alejaba con rapidez, fuése á pasear sus desvelos por la huerta, para no volver antes que sonara la hora.

Dot, por su parte, no se quedó sola, pues Caleb Plummer y la ciegucecita acababan de llegar.

—Ya sabia yo que no habian de ir ustedes á la boda y que aquí habiamos de hallarlos, dijo Caleb apretando cariñosamente las dos manos de Dot. Me han contado lo que ha pasado, pero yo conozco á usted, Dot, y no la creo culpada. Berta no quiere asistir al casamiento y se la traigo á usted para que me sosiegue á la pobre criatura que no hace mas que llorar y afigirse.

—Dot, exclamó Berta, ¿dónde está tu mano? ¡Ah, Dios te lo pague! dijo apretándole la mano contra sus labios. Han hablado deslenguadamente de tí ayer, prosiguió la jóven, pero lo que han dicho es falso, estoy segurísima.

No respondia Dot.

—Los malvados mienten, exclamó Berta. Yo se los he dicho. No soy tan ciega que no pueda descubrir la verdad. ¡Yo los conozco á ustedes todos mejor de lo que ustedes piensan!

—Berta, hija de mi vida! dijo Caleb... mientras estamos aquí solos los tres voy á decirte una cosa triste.

—¡Una cosa triste, padre!

—Sí, repuso Caleb, tengo que confesarle, Berta, que te he engañado y que he sido muy cruel para contigo sin quererlo.

—¡Usted! ¡cruel para conmigo! exclamó Berta llena de asombro.

—El se acusa demasiado severamente, Berta, dijo mistress Peerybingle. Tú serás la primera que lo advierta.

—¡Cruel para conmigo! ¡él! repitió la jóven con una sonrisa de incredulidad.

—Sin mala intencion, vida mia, dijo Caleb. Pero he sido cruel, y no lo he reparado sino desde ayer... ¡Hija de mi vida, escúchame y perdóname! El punto en que vives, amor mio, no es como yo te lo he pintado. ¡Tú tienes confianza en mis palabras, y yo te he engañado!

Trembando de piés á cabeza, Berta se apretó contra su amiga.

—El camino que tenias que andar, alma mia, era escabroso, prosiguió Caleb, y queria yo hacértelo menos trabajoso. Te he representado los objetos y los corazones muy otros de como son y he inventado cosas que nunca han existido. Berta, lo hacia yo para que fueras mas feliz. Te he rodeado de ilusiones y mentiras. ¡Dios me lo perdone!

—¡Pero las personas, esas no son ilusiones! exclamó la ciegucecita poniéndose pálida.... ¡Usted no puede cambiarlas!

—¡Yo las he cambiado, Berta! Particularme, una que tú conoces, pobre alma mia,....

—¡Oh, padre! ¡tenga usted compasion de mí dijo ella sobrecogida de una suerte de terror.

—El hombre ese que hoy está para casarse, prosiguió Caleb, es un hombre de una alma seca y negra. El, él ha sido para nosotros, muchos años hace, un amo de malas entrañas. Es fea su cara y mas fea es su alma.

—¡Dios me valga! exclamó la ciegucecita con una expresion de profundo dolor... ¡por qué me ha engañado usted, padre? ¡Por qué después de haber tenido mi corazón satisfecho, viene usted ahora, como la muerte, á arrancarme de él lo mismo que amo? ¡Ay, Dios mio! ¡qué ciega estoy! ¡qué sola y qué abandonada me encuentro!....

El desdichado padre, clavados en el suelo los ojos, guardó silencio, pues tan solo su arremetimiento y su dolor podian hablar por él.

—Dot, repuso la ciegucecita, describe-me nuestra casa. Dime la verdad.

—Tu casa es una mansion bastante triste, miserable, Berta; muy miserable de veras. La casa de ustedes apenas ofrece abrigo contra el viento y la lluvia.

La ciegucecita se levantó con una viva agitacion y llamó aparte á la mujercita del carruajero.

—Todos aquellos regalitos de todos los dias, tan preciosos para mí, dijo temblando, ¿de dónde venian? ¿quién era el que me los mandaba?... ¿Eras tú, Dot?...

—No.  
—¿Pues ¿quién? Dot de mi vida, ¡una palabra mas! Arrímate á mí... serquita.  
—¿No me has de engañar, Dot?

—¡No, Berta! ¡te lo juro!  
—Bueno, te creo porque sé que me tienes lástima. Mira por todo el cuarto. Fija tus ojos en este pobre padre tan bueno y tan amante... y... dime lo que ves.

—Yo veo, respondió la jóven que comprendió el pensamiento de la desdichada criatura, veo un anciano sentado en una silla. Su cabeza la tiene tristemente clavada en el suelo. Parece que está esperando las caricias de su hija.

—¡Oh, sí! ¡su hija lo acariciará, lo consolará! ¡Prosigue, Dot de mi alma!

—Es un anciano consumido por los trabajos de cuerpo y de espíritu: son blancos sus cabellos. En este momento le veo abrumado por la desesperacion, pero antes le he visto no pocas veces risueño, cuando tú eras alegre, y lo bendigo yo, ¡pobre padre!

Arrancándose de los brazos de su amiga, la ciegucecita corrió y se postó á los pies de su anciano padre y cubrió de besos su cana cabeza.

—¡He recobrado mi vista, ya tengo mi vista! exclamó ella. Estaba yo ciega y veo la luz. ¡No lo conocia yo, á este pobre ciego padre!

No hay palabras con que expresar el enternecimiento de Caleb.

—¡Oh! ¡usted es hermoso y yo quiero á usted, padre! prosiguió la doncellita. ¡Que me digan ahora que estoy ciega!

—Berta de mi vida! ¡hija de mi alma! dijo Caleb sollozando.

—¡Dios mio, cómo es que no lo habia yo adivinado!

—El padre tan mozo y bien parecido con su casaca azul, Berta, dijo el pobre Caleb... se ha desaparecido ahora.

—¡Oh, no! ¡nada se ha desaparecido, padre de mi corazón! todo, todito está aquí en usted. El padre que yo amaba tanto; el padre que nunca he sabido amar como se merece y que nunca he conocido; el bienhechor que yo veneraba porque era bondadoso conmigo, todos están aquí en usted. Nada ha muerto para mí. El alma de cuánto me era mas caro en este mundo está aquí, aquí, con una cabeza cana. ¡Y ya no estoy ciega, padre de mi alma!

Dot, absorta hasta entonces en la contemplación de aquella escena lastimosa, dirigió la vista al cuclillo y viendo que no faltaban ya mas que cinco minutos para que diera la hora, sintió apoderarse de ella una violenta agitacion.

—Padre, dijo la ciegucecita titubeando... ¿y Dot?

—Dot es la mismísima que te he pintado, querida hija, pues trabajo me hubiera costado hacerla mas linda y mejor.

—Ustedes van á ser ahora testigos de otras novedades, querida Berta, dijo la casadita... novedades que van á hacernos felices á todos... No oyes el ruido de un carruaje, Berta... ¿sí, no oyes nada?

—Sí, respondió Berta, el carruaje se acerca rápidamente

—Prepárense ustedes, repuso Dot temblando la voz, prepárense á recibir una sorpresa extraordinaria... Ya viene el carruaje, añadió poniendo en su pecho la mano para contener los latidos de su corazón. ¡Ya se acerca! ¡ya está cerca!... ¡Ya paró!... ¡Yo oigo sus pasos!... ¡Ya abren la puerta!...

A estas palabras un jóven se precipitó en el aposento.

—¡Ya pasó todo! gritó Dot?

—Sí.

—¿A medida de nuestro deseo?  
—Sí! á medida de nuestro deseo.

—¿Conoce usted esta voz, querido Caleb? ¡No la ha oido usted nunca! clamó Dot.

—Sí... mi hijo que partió para las islas estaba vivo... dijo Caleb con trémula voz...

—¡Está vivo! exclamó Dot. ¡Vivo! ¡Aquí lo tiene usted! Él es, su hijo de usted, Caleb... ¡Tu hermano de tu alma, Berta!

En este momento el carruajero se presentó en el aposento... No quiero pintaros su asombro á la vista de aquel paso...

—¡John! exclamó Caleb loco de alegría... ¡John! ¡vea usted á mi hijo, el hijo que yo tenia por muerto y que Dios me retorna!... ¿No lo conocia usted ya, usted que tanto lo quiso cuando era niño?

El carruajero se adelantó hácia el jóven para darle la mano, pero retrocedió de repente al reconocer en su persona al forastero.

—Eduardo, dijo después de un instante de silencio... ¿eras tú?

—¡Dígale usted todo! exclamó Dot, ¡cuánto le usted todo, Eduardo, y no se pare usted por mí, pues en adelante ya no tengo que esperar gracia de su parte.

—Yo era, dijo Eduardo.

—Y ¿cómo has tenido la ocurrencia de disfrazarte para introducirte en mi casa, en la casa de tu antiguo amigo? dijo el carruajero... Caleb, ahora algunos años conocia yo á un muchacho sincero y bueno que no habria cometido una negra accion...

—Yo tambien tenia ahora pocos años, dijo Eduardo, un amigo generoso á quien amaba como á otro hermano, y que, no me habria condenado sin oirme. Ese éa usted. Por lo tanto, espero que usted no se excusará de oirme ahora.

—¡Pues habla! dijo el carruajero des-

pidiendo una nimutada mirada á Dot que se mantenía lejos de él.

—Antes de marcharme á las islas, dijo Eduardo, yo estaba prendado de una joven, la cual me correspondía. Ella era muchacha, es verdad, y quizá no había consultado bien su corazón, pero yo estaba seguro del mío y la quería de veras.

—¡Tú! exclamó el carrajero. . . ¡Tú!

—Yo. Yo la quería, respondió Eduardo. Ella me había confesado que me correspondía y desde entonces siempre creí en su fe. Ahora ya me he asegurado de su amor. Tengo la prueba de él.

—¡Gran Dios! exclamó el carrajero.

—Después de mil azares y trabajos he vuelto al fin á su lado, tan fiel como siempre, y disponíame á recordarle la fe empañada, cuando tuve noticia, antes de verla, de que me había dado al olvido y tenía ofrecida su mano. . . . Con todo, propúsemos verla por la última. Ocullo bajo un disfraz me allegué á esta casa, y. . .

—Y, dijo Dot arrebatando la palabra, ella, á la vista de Eduardo á quien creía en el otro mundo y sabedora de sus intenciones, le aconsejó que no diera á saber su llegada á nadie, mucho menos á su antiguo amigo John Peerybingle, quien, decía ella, no era hombre de saber guardar un secreto. Luego ella. . . esa ella soy yo, John, dijo la mujercita. . . ella le contó cómo la muchacha creyéndose muerto había mal de su grado y por ser obediente á su madre, consentido en tomar á otro por esposo. Ella le dijo también. . . ella, yo, ¿está, John? . . . ella le dijo que el matrimonio no estaba todavía consumado, que ella tomaba de su cuenta el ver á la muchacha y saber cómo pensaba. En fin ella nos contó á los dos "y" ellos dos se han entendido á las mil maravillas, "y" ellos se han casado hace una hora! ¡Y aquí está el novio! ¡Y Gruff y Tackleton, si quiere, puede irse á la otra vida

soltero! ¡Y yo, John, soy una mujercita muy dichosa!

El pobre del buen carrajero, en medio de los afectos que agitaban su pecho, se quedó un rato hecho una estatua; luego se arrojó hácia Dot con los brazos abiertos.

—¡No, John, no! Escúchame hasta el fin. Antes de restitirme tu cariño, espere á que te haya dicho yo todo. Mal he hecho, John, en tener para tí un secreto. Mucho lo siento. No creía yo hacer mal y no he advertido mi yerro sino demasiado tarde. Pero ¿cómo es posible que amor tú tenido ánimo para sospechar de mí, John?

John Peerybingle quiso de nuevo estrecharla entre sus brazos, pero ella le echó lejos de sí.

—¡No, John! díjole, todavía no es tiempo! . . . . Cuando yo me rio de tí en tu propia cara, John, y que te llamo mostrenco, tonto, es porque te quiero. Pero oye lo que tenía yo mas empeño en decirte y que me he reservado para lo último: mi tuerno y generoso John, mientras que hablabamos la otra noche con motivo del grillo, tenía yo ganas de decirte que allá en los primeros dias no te quería yo tanto como te quiero ahora, pues sabete, John de mi vida, que cada dia, cada instante echo de ver que te voy queriendo mas, y crecía mas mi cariño, si posible fuera, después de tus guapas palabras de esta mañana. ¡Ahora, marido de mi alma, llévame á tu corazón! ¡Ahí, ahí es donde yo vivo, John, y nunca jamás pienso en despedirme de ahí!

Árduo empeño sería expresar el enajenamiento de júbilo de John y el enternecimiento de todos los que se hallaban presentes á esta terrífica escena. En su alegría pasáronse de uno á otro el error de mistress Peerybingle, como si hubiera sido cosa de beber.

En esto oyóse parar á la puerta otro coche, y vióse á Gruff y Tackleton ir entrando con los cabellos "alborotados" y ojos huraños.

—¿Cómo se entiende esto, John Peerybingle? exclamó. Algun misterio hay en esto. Acabo de ver á mi novia en la casa de usted. ¡Oh! ¡aquí está! . . . Dispénsese usted, señor, dijo á Eduardo que estaba platicando con May, dispénsese usted que le pida yo el permiso de llevarme á la señorita, pues tiene que cumplir ahora mismo un serio compromiso.

—Imposible, contestó Eduardo, no puedo separarme de ella.

—¿Qué quiere usted darme á entender con eso? clamó Tackleton indignado.

—Lo que quiero decir, repuso Eduardo cogiendo á May de la mano, lo que quiero decir es que ella no puede acompañar á usted á la iglesia; además ya estuvo en la iglesia esta mañana y usted tendrá la bondad de disculparla. La señora es ahora mistress Eduard Plummer.

—¡Ah! ¿de veras? dijo Tackleton haciendo un gesto horroroso. . . Señora. . . señor, reciba usted mis parabienes.

Tackleton se escurrió sin pedir otras explicaciones y después de haber arrancado á su caballo las flores y las cintas que adornaban su cabeza, el enamorado chasqueado se alejó á toda prisa.

Este dia feliz que debería estar escrito con letras de oro en el calendario de la familia Peerybingle, merecía muy bien la pena de ser celebrado con algun festejo: por lo tanto la pequeña Dot se puso á la obra con su acostumbrada actividad. No había quien no se disputara el gusto de ayudarla á preparar un pipiripao como pocos.

En tanto que hacia su oficio el asador y que chispeaban los hornillos, organizó-se una "expedición" para ir á traer á mistress Fielding, cuya ausencia hubiera si-

do motivo de aflicción para algunos convidados.

La "expedición" no tardó en descubrir á la buena matrona, la cual, después de protestar por principio de cuentas que nunca había de volver á ver á su ingrata hija, acabó por dejarse enternecer con las súplicas y los parabienes. La "expedición" se aprovechó del enternecimiento para cargar con mistress Fielding. Nada faltaba ya y los convidados se pusieron á la mesa, en las mas felices disposiciones.

Hacia el fin de la comida, Caleb entonó su canción cómica, la cual mereció la honra de ser repetida. Estaba en la última copla, cuando se oyó tocar á la puerta.

Entró un hombre y puso una torta sobre la mesa.

—De parte de M. Tackleton, dijo.

Luego se marchó sin mas decir nada.

Este incidente dió lugar á un movimiento general de sorpresa de parte de los convidados.

Mistress Fielding hizo presente, con aquella sagacidad que Dios le había dado, que la torta aquella podía ser que estuviese envenenada, y con este motivo písose á referir una larga y lagrimosa historia.

No obstante, á despecho de los recelos de la prudente mistress Fielding, la torta fué solemnemente trinchada por la mano de May y cada cual embocó su parte.

En la noche los alegres convidados improvisaron un baile, y mozos y viejos bailaron con ejemplar ardor.

En medio de la barandaa y de los gritos de júbilo se oía muy clarito la voz penetrante del grillo, el que en los dias de su vida había cantado con mas alboroz.

.....

.....

.....

.....

.....

.....

..... Pero ¡qué es lo que sucede!

..... Mientras yo presto el oído á estas festosas canciones y que busco á Dot para ver por la última su carita esa que tanto me gusta, ella se ha desvanecido en los

aires: todo ha volado con ella y yo me encuentro solito.

Un grillo: chilla en el hogar, un juguete

roto yace á mis pies y todo lo demás ha desaparecido.

(Traducido por Esteban Koberer.)

FIN DEL GRILLO DEL HOGAR.

## LA PACIENCIA.

Es la paciencia una cualidad preciosa, y nunca sería recomendada por demás: ella nos ayuda á llevar nuestras penas para que no nos abrume su peso.

El filósofo Abauzit nos ofrece un ejemplo notable de paciencia. Nunca en su vida se habia encolerizado, nunca se habia enojado, nunca, en suma, habia ningun ímpetu turbado la serenidad inalterable de aquella su fisonomía de hombre de bien que con tanta razon tenia.

Creyeron sus amigos que aquella igualdad de humor podria llegar á ceder á impulso de cualquiera contradicción. Consultaron á una vieja ama de llaves que llevaba treinta años de estar á su servicio. Esta mujer buscó mucho tiempo el modo de sacar de quicio á su amo, pues le tenia cariño y no podia resolverse á afignirle ni á hacerle parecer otro del que era, puesto que sus mismos amigos de él declaraban que aquello era obra de una apuesta. El ama de llaves protestaba que nunca, ni una sola vez habia visto á su amo encolerizado, en los treinta años que de servirle llevaba.

—¿Ni una vez! ¡eso es imposible! exclamaban aquellos; ¡una cólera en treinta años no es nada! Vamos, ¡confiesa si quiere una!

—¿Como lo cuento, no puedo mentir. —Y ¿cómo haremos para lograr enojarle?... ayúdanos.

—Ahí está el cuento: cómo enojarle. Hay personas que no sabe uno cómo tenerlas contentas, y á él no sabe uno cómo disgustarlo.

Por fin, después de mucho pensar, después de haber puesto cuidado en los hábitos de la vida de su amo, la vieja Margarita creyó haber hallado el medio de hacer ganar la apuesta. . . .

—Aunque en verdad no sé, decia ella, de qué puede servir á ustedes el molestar á mi buen señor.

—¿Qué te importa? le amamos tanto como tú.

—No me fio.

—Sí que le amamos y muy bien lo sabes: con que no temas nada por las resultas de esto. . . Veamos, ¿qué has imaginado?

—M. Abauzit gusta, ante todas cosas, de dormir en su cama bien dispuesta; esta es una de sus costumbres privadas que tiene mas á pechos. . . pues bien, no le tenderé la cama, y diré que se me ha olvidado.

La tréta pareció admirable.

El dia siguiente los amigos de M. Abauzit van á buscarle á su casa y le llevan consigo á pasear; pasan el dia juntos, le vuelven á su casa, bastante cansado y deseoso de encontrar el reposo de su cama. ¡Ay! su cama no estaba tendida, como ya se sabe. . . .

—Margarita, dícele el dia siguiente á la anciana, parece que se olvidó usted de hacerme la cama: procure usted que no se le olvide hoy. . . .

—¿Qué tenemos? preguntaron los amigos cuando volvieron á saber el éxito de su empresa.

—Nada absolutamente, dijo la ama de

llaves. . . Me ha dicho que no se me olvide hoy.

—¿Pero tú lo olvidarás! . . . ten presente lo convenido. . . .

Otro dia, la misma. En la noche llega M. Abauzit cansado de un largo paseo y encuentra su cama en el mismo estado que por la mañana.

Al levantarse llama á Margarita:

—Otra vez se te ha pasado hacerme la cama, Margarita; mira, ten cuidado de tenerlo presente.

En la mañana, nueva informacion de parte de la ama de llaves.

Al segundo dia por la noche, M. Abauzit al legarse á su cama, la halla como cama que no se ha tendido en tres dias. A la siguiente mañana llama á Margarita:

—Margarita, dícele pero sin levantar la

voz, ayer tampoco has hecho mi cama entiendo que en esto has tomado tu partido y que te parece demasiado molesto el trabajo; y no hay gran mal en ello, pues ya comienzo á acostumbrarme.

Enterrecida con tanta bondad, pues ya esto no era paciencia, y seguramente M. Abauzit habia caído en la cuenta, Margarita se arrojó á los pies de su amo deshecha en llanto y le confesó lo que pasaba.

—¿Este rasgo no figuraría acaso admirablemente en la vida de Sócrates?

—¿Cuántos otros en lugar de M. Abauzit habrían despedido el mismísimo dia á la vieja con todo y sus treinta años de servicio y no habrían vuelto á ver nunca á sus pretensos amigos que eran capaces de divertirse con él hasta el punto de hacer pruebas con su humor y hasta con su corazón!

## CANTO SAFICO.

Cubierta mi alma de letal tisteza!  
Y anublados en lágrimas mis ojos,  
A tí dirijo enamorado canto,  
Niña preciosa:

A tí, cuya mirada tierna y pura,  
Y cuya blanda y virginal sonrisa  
Sentir me hicieron del amor la llama  
Que me devora.

A tí dirijo mi ferviente ruego,  
Y al pronunciar tu idolatrado nombre,  
El llanto brota de mis turbios ojos  
Y me consuela;

Porque mi pecho encierra tantas lágrimas  
Cuantas penas abriga el alma mia,  
Y cada gota que mis ojos vierten  
Borra una pena.

Pero es tu ausencia manantial perenne  
De duros males que á llenarla tornan,  
Y en vano lloran mis cansados ojos  
Sin agotarlas.

Porque el recuerdo del placer divino  
Que sentia estrechándome en mis brazos,  
Jamás se borrará de mi memoria  
Mientras que viva:

Y este recuerdo del placer perdido,  
Es triste y bello cual la imagen casta  
De la madre de Dios, cuando le viera  
Crucificado.

Y me atormenta sin cesar ¡oh Laura!  
Y me hace maldecir mi dura suerte;  
Pero entonces tu rizo idolatrado  
Mi labio toca.

¡Ay! y tal vez de tu rendido amante  
No harás ni una memoria, y ni un suspiro  
Le mandarás en cambio de las penas  
Que por tí sufro.

¡Oh! si tal fuere, de bogar cansado  
En el mar borrascoso de la vida,  
En la ribera de otro mundo extraño  
Tocaré luego.

## UN ARTICULO DE EXHIBICION.

Ahora unos cuantos días, el 1.º de noviembre del año 1851 de la redencion, recordé tempranito contra mi arraigada costumbre de dormir hasta muy tarde, por muy temprano que me vaya á la cama; recordé pues tempranito y después que me hebe estregado los ojos y estirado los miembros, púsome en disposicion de levantarme al punto el pensamiento de que aquella era dia de *exposicion*, como dice el programa de la junta de *exposiciones*, y por lo tanto dia de ver y admirar muchas cosas grandes y maravillosas en esta hermosísima capital de la república mejicana.

Y no se crea que hay nada de satírico en el epíteto que á Méjico acabo de aplicar. Nada de eso. Estoy sinceramente persuadido de que Méjico es hermosa y en tal grado, que creo que si el santo ermitaño Onofre la hubiera conocido no habria dejado de dilatar un par de días mas, por



lo menos, la ejecucion de su proyecto de penitencia *desengrosante*.

Como quiera, dejando á un lado es-

te punto, y volviendo á lo que á mi propia persona toca, digo que movido, empujado por el pensamiento del dia que aquella era, me lavé y vestí lo mas brevemente posible.

Ya que hebe concluido el aseo de mi persona, cuando ví salir á mi mujer de su recámara, que así se llama generalmente en Méjico la alcoba donde se duerme aunque la llamen de otra suerte los españoles, para quitar todo recelo de egoismo de mi parte, la invité á que fuera conmigo á visitar la exhibicion; pero habiéndome contestado ella, entre mil momos y mimos que no tenia gana de salir, tuve que resignarme, proponiéndome apelar á la compañía de un amigo mio que ustedes conocen de nombre.

En estas y las otras ocurrióseme el pensamiento de que pues me proponia andar aquel dia á la tuna, bueno y justo era forrarme un tanto el estómago. En consecuencia dispúsoseme un ligero almuerzo al cual me acompañó mi cara mitad, y ella y yo comimos con buen apertito.

Concluida esta operacion *gastronomi*ca, al tomar mi sombrero para salir á la calle,

—Oye, hijo, díjome mi mujer, seria bueno que pasaras á ver á mamá si queria que la acompañaras.

—Sí, contesté y fuíme dejando ir por la escalera.

No era cosa muy de mi gusto, perdonemelo sus mercedes, el ir á recalar á la casa de los padres de mi queridísima mujer. ¡Para mí que me estaba deshaciendo por llegar á la plaza, y verla, y devorar con la vista y el entendimiento tantos

y tantos primores de la naturaleza y del verbo pueden cambiar de indole segun el sentido en que se empleen.



(Dispúsoseme un ligero almuerzo al cual me acompañó mi cara mitad.)

Fuíme pues, aunque no muy contento, á ponerme á disposicion de mi mamá, la cual es una dama gorda y frescota como puede el lector verlo por sus propios ojos.



Afortunadamente anduve con tal felicidad, que la señora no estaba de humor de pasear la plaza, á lo menos por la ocasion.

Entre paréntesis, este *PASEAR* se me antoja usarle así como activo, para lo cual, en caso de disputa, podria yo alegar aquel principio del casposo maestro, de que los

TOM. III. ●

Gozoso de ver que la fortuna me favorecia libertándome de ir atado á mi mamá, dirigíme á la casa de mi amigo, quien no era probable hubiese salido aun, pues no acostumbra á ser madrugador.

Contra mi firme esperanza, no hallé á mi amigo. El tambien, movido aquel dia de la impaciencia, de la curiosidad que traia alborotados á todos los vecinos de la capital, se habia puesto ya en la calle, y no por ir á la plaza ni por ver la

exhibicion, sino por ver la cacareada ascension aerostática de don Puente.

—¡Con razon, dije yo para mí el saber esto, con razon no quiso mi señora suegra que la llevara yo á la plazal... ¿A quién he de poder persuadir que maldito lo que me acordaba yo de la dichosa ascension aerostática? ¡No hay remedio, es necesario ver de qué suerte reparo mi falta de memoria!

Así hablando, tomé de nuevo el camino de la casa de mi suegra.

De luego á luego traté de excusarme lo mejor que pude de no haberme brindado para llevarla á la plaza de toros, convertida á la sazón en plaza de globo ó de bobos; pero ¡contemple la lectora cuál seria mi júbilo! mi papá que estaba presente me interrumpió diciéndome que todo lo tenia previsto muy de antemano, y tanto que á buena hora iba él y su mujer á pasar en busca de la mina.

Yo, antes de que con razones de buena crianza me estrecharan á ir con ellos, me adelanté á decir que por allá iria luego que hubiera concluido un asunto muy urgente que traia entre manos, recogí el boleto de entrada y salí á todo escape.

P—12

Mi suegro, hombre muy ajustado, en



lo físico á lo menos, á su mujer, quedo muy satisfecho, á lo que entiendo, de mi disculpa, y yo mucho mas de verme definitivamente libre de obstáculos.

Pero quiso mi mala estrella que encontrara yo á mi amigo, el cual dándome el brazo me llevó arrastrando á la plaza de toros, haciéndome presente que el Palacio de Aire estaba desierto á causa de hallarse todo Méjico en San Pablo.

Al querer ó no tuve que acompañar á mi amigo.

Es muy buen muchacho X, por mas que diga y crea el amigo Miseria, al cual se le puede perdonar todo, porque todo cuanto escribe es efecto de su glorioso ingenio, y un glorioso ingenio debe tener la prerrogativa de considerar como basura todo cuanto se le antoje.

Vibrando de piés á cabeza entré en la plaza. ¡No sé por qué me anunciaba el corazón alguna cosa funesta!...

Pero á la vista de tanto concurso de gente como contenía la plaza, á la vista

de tanta deidad que allí habia y de tanto lujo y de tanta coquetería, desvanecióseme el pensamiento agorero de *funestidades*, y acolorada mi sangre, oia por efecto de los átomos ardientes del bello sexo era por efecto de los cálidos besos del de la rubia cabellera, volví á circular por mis vasos con su acostumbrado brio.

Todo estuvo muy bueno durante dos horas. A las tres horas todavía era tolerable el esperar. A las cuatro horas ya era ineficible aquel estado de impaciencia, incertidumbre, calor...

¡Genio de la Desolacion! ¡ayúdame á pintar los sufrimientos de aquellos infelices estómagos y estómagos con la sed y el hambre producidas por tantas y tan largas horas de ayuno!

¡Cómo no te vieron por allí mis ojos, mi amigo Miseria, filosofastro ilustre, fósforo, bujía, antorcha, luminaria, sol de nuestra literatura; modelo, tipo, molde, horma, de nuestros satíricos; vara, garrote, viga de los escritores tus paisanos; vidrio, cristal, espejo de la crítica! Tú que sin motivo tanto pones al género humano de vuelta y media cada vez que la gana te da, ¿no te dignaste llevar á la plaza de toros tu privilegiada cabeza para fulminar excomuniones y penas contra el globo aerostático, el Puente, el Velazquez, el gas, los hombres, las mujeres, los niños, la plaza, etc., etc., etc?...

A propósito de FULMINAR EXCOMUNIONES Y PENAS, permítame el lector que le haga yo presente que aunque el caspaso Maestro consabido dice que esa expresion es disparate, no hay que hacerle caso, pues ella es tan pura y castiza como la que mas, en concepto de la academia española.

El caso es que el globo no daba muestras de elevarse á la región de los necios y los inspirados, y el hambre y la sed de los concurrentes crecia de punto por minutos, hasta llegar al caso de perder el

matiz rosado los frescos rostros de las damas y aun desmayarse no pocas.

¡Oh! en aquel trance aciago, bubiera sido capaz cualquiera de engullirse el globo terráqueo en un pensamiento, si se le hu-



bieran puesto por delante en su correspondiente y trinchero su competente trinchanté, pues no creo yo que sin estos auxiliares hubiera podido hincar el diente...

El globo, á las cinco de la tarde, voló. El Puente no voló, porque el físico-químico-minero-catedrático director de la obra no supo llenar el globo de gas, porque el globo no supo dar cabida al gas, porque el gas no supo acomodarse dentro del globo, porque las materias gaseosas no supieron despedir el gas, porque hubo un diluvio de porques suficientes para desgraciar los esfuerzos de todos los aeronautas conocidos desde Blanchard y Mongolfiero hasta... el Puente.

Para desquitarnos del chasco, sálmos del mare mágnum aquel y nos fuimos X y yo á la anhelada plaza. X tenia razon, aunque no en todo. El palacio de exhibicion es en efecto un palacio de aire; pero tiene mil cosas que le agracian, como por ejemplo los puestos de patates; los aparadores cubiertos de manta, que buenos pesos habrán empleado en ellos sus mercedes los de la junta de *exposiciones*, las calabazas, las *columbas*, las camelias, los pescaditos; la peseta cobrada á los caba-

lleros y hasta á las señoras por la ocupacion de cada silla, que no es poca galantería y generosidad; y el colorette, la tonla de Venus y la clara de huevo que embellecian á infinitas damas, y... Pero esta enumeracion lleva traza de extenderse tanto como la de los "porque" y yo tengo mis gravísimos motivos para acortar este artículo.

Cansados de admirar caras afeitadas, es decir con afeites, por gestion (Acad. española, pág. 586, art. PRESTIGIO de su dicion.) de mi amigo X fuimos el y yo á un *restorán ó restaurante á hosteria de*



la calle de Plateros, donde reparamos pues. tras un tanto debilitadas fuerzas.

Vistamos luego la Diputacion después de un largo batallar con el genio para haber de subir la escalera, y ya que hubimos admirado el payo de mantequilla, la plaza de toros de pulgas, las obras de "ca-malote" de la señora Muñozcano, la pipa de dulce, la caja de hierro, etc., en medio del "¡Anden, señores!" de los "aguilitas," nos retiramos muy cansados y satisfechos, él á su soltera y solitaria morada, yo á mi acompañada habitacion. A mi pobre mujer la encontré afanada dando de mamar